

exacciones de toda especie, y con sus capitales de manos muertas, el egreso nacional anual de 20,000 millones de reales vellón. Agréguese que la pérdida de la Armada invencible y de los tercios famosos, en las guerras religiosas, habían reducido a la debilidad de pagar tributo y rescates al Rey de Túnez, y que los derroches de la dinastía caduca eran tales que consumían hasta la quinta parte del presupuesto.

En cuanto al sistema fiscal, lejos de fundarse en obtener un sano y racional por ciento de la producción, se fincaba en las extravagancias del arbitrista. La mayor parte de los fondos se extraían por procedimientos ruinosos, de exacciones extraordinarias y complicadas, como bobaje y monedaje, alcabalas, sisas, estancos, monopolios, gracias por sacar, papel moneda, juros, anticipaciones, censos, capitaciones, chapines de infantas, diezmos, préstamos forzosos a los súbditos, préstamos leoninos con asentistas, ventas de nobleza y títulos, socorros (que se imploraban y presionaban particularmente a los súbditos aztecas y peruanos), tomas violentas de platas de Indias, remates y arrendamientos de empleos productivos, anatas, entrega de monopolios y aun de colonias a los acreedores extranjeros, loterías, pósitos, toros, espolios, economatos y demás artificios semejantes que culminaron en la floresta de fantasías de los arbitristas, "peste de dos siglos", de que se recuerdan los celeberrimos proyectos de Luis Garabito, Valle de la Cerda, Ceja de Semela, y mil más, brujos y yerbateros que intentaban sanar a la Real Hacienda recetándole montes de piedad, rifas, cambios de bueyes por mulas, transmutación del plomo en oro, emisión de moneda de hierro; gentes que tras celosas consideraciones por los males del erario, aconsejaban "medios dulcemente artificiosos para conseguir el propio aumento a costa de daños ajenos". En el arbitrista puede hoy advertirse el desvarío de la imaginación, exaltada por las puerilidades y vagancias de la escolástica, en una nación que seguía apegada al feudalismo, mientras en Europa progresaban las ciencias experimentales gracias al principio del libre examen.

Víctima de tantos errores de su organización absolutista-teocrática, España se despeña de su privilegiada situación en el siglo XVI hasta las miserias de comienzos del XVIII, cuando entrega a Inglaterra, por el tratado de Utrecht, bajo el pretexto del monopolio del

negocio de esclavos, la llave de su comercio de América. Su actividad se reduce a cambiar el producto de las minas mexicanas y peruanas por manufacturas de las fábricas francesas, inglesas y holandesas. Sin voluntad propia, se le impone por las armas la dinastía borbónica. Pero esta dinastía provoca un cambio de orientación progresiva. Felipe V y Carlos III, con sus consejeros iluministas y enciclopedistas, forman lo que se llamaría hoy un plan de industrialización y europeización, para rehacer la potencia nacional. A mediados de esta era regeneradora, en 1740, aparece la obra de Ulloa.

La industria española, principalmente la textil, y la necesaria provisión de subsistencias de fuente agrícola-ganadera, después de conocer tiempos excelentes, se encontraban en absoluta postración. Había prejuicios contra el trabajo; la Ley 2, tit. XXI, Partida II, declaraba "perdida la honra de la caballería por obrar de algún vil menester de manos para ganar dinero". Cupo a Carlos III el honor de sostener lo contrario. Cada ciudad, con su fuero, gozaba de tasas de salarios y labores, ordenanzas de fabricación y leyes suntuarias. Los gremios y cofradías, con su reglamentación cerrada egoísta, que mata el estímulo e impide la ampliación de actividades, habían hecho preciso imponer penas para que trasmitiesen su enseñanza industrial. Estaba prohibido concertarse sobre precios de cosas y sobre trabajo, es decir en sentido moderno, sindicarse. Bajo el tremendo poderío de Felipe II, ya Toledo se despoblaba y arruinaba. La opulencia de los 23,000 telares de Sevilla se reduce en el siglo XVII a 3,000, mientras desaparecen, según Martínez de la Mata, 17 gremios, todos en artes de metales y en oficios de marina.

Al iniciar su gobierno, Felipe V dió a Gaspar Naranjo y Romero la misión de visitar las fábricas europeas, estudiar sus sistemas y ver que se establecieran en España. El renacimiento prosigue bajo Fernando VI y Carlos III. Los grandes estadistas, ministros consejeros y pensadores iluministas y enciclopedistas, Campillo, Macanaz, Somodevilla, Florindablanca, Gálvez, Campomanes, Aranda, fueron los planeadores de aquel renacimiento español, en su amplitud económica y cultural. Supieron aprovechar la experiencia y estudios de los hacendistas anteriores, Luis de Ortiz, Sancho de Moncada, Ceballos, Martínez de la Mata, pri-